

El cambio en las ideas (1940-1988)

Sara Sefchovich

I

Los años cuarenta en México, según afirmó Manuel Moreno Sánchez, fueron los de más allá de la revolución, es decir, un puente de transición entre la revolución terminada (a la que sólo el discurso oficial mantenía vigente) y el desarrollismo. El proyecto de convertir a México en una nación capitalista y moderna, que dominó la historia del país desde la Independencia, en los planteamientos de los liberales y conservadores del siglo XIX, en la Reforma y durante el porfiriato, permaneció como una obsesión que también vendría a caracterizar a los regímenes políticos surgidos de la Revolución Mexicana. Pero un rasgo particular los diferenció de épocas anteriores: la conciliación de ese proyecto con las demandas populares que estuvieron en la base de la explosión revolucionaria: Mantener cada uno de estos renglones y hacerlos coincidir, incluso por la fuerza, fue la problemática que conformó la ideología dominante de nuestro país a partir del periodo presidencial de Calles.¹ En los años cuarenta, el proyecto de modernización capitalista partió de la idea de imponer un estilo de gobierno que ofrecía todas las facilidades al alcance del Estado a los industriales que demostraban espíritu de renovación.² Se trataba, pues, de impulsar la industrialización con un sentido de responsabilidad social vigilado desde el Estado, el cual fungiría como árbitro y fuerza principal: "La contradicción burguesía-proletariado se resuelve con la negociación; la contradicción nación-imperio, con el nacionalismo."

El periodo que va de 1940 a 1954 ve consolidarse a la burguesía nacional convertida en hija mimada del Estado. ¿Qué pensamiento y cuáles ideas podía producir una época así, de modernización y conciliación? ¿Sería ésa una filosofía como la que pedía Emilio Uranga, "una reflexión sobre el tipo de hombre producido por la revolución apresado en sus notas más universales y esenciales"?³

La novedad de Samuel Ramos a mediados de los años treinta consistió en darle una respuesta a este interrogante, por un camino nuevo y diferente del que hasta entonces se había seguido: a él le interesó el ser interior del mexicano y consiguió elaborar en la filosofía la síntesis entre las propuestas de López Velarde y Reyes (lo mexicano es algo involuntario, indefinido, interior) y las de Vasconcelos y Caso (lo mexicano como una forma de cultura, parte de lo universal).

El pensamiento de Ramos dio inicio a una vigorosa conciencia nacional y moral, "buscó una base al desarrollo de la cultura nacional y una forma de superar las propias debilidades."⁴ Por cultura nacional él entendía "no solamente las obras de la pura actividad espiritual desinteresada de la realidad, sino también otras formas de acción aplicadas a la vida cuando están inspiradas por el espíritu".⁵ La de Ramos fue, según Zea, una osadía, porque quiso hacer descender a la filosofía hasta los entes concretos.⁶

El momento histórico de los años cuarenta fue de "reposo reflexivo", como le llamó Paz. Un esfuerzo por apuntalar las bases y establecer otras nuevas en la cultura nacional. La llamada filosofía mexicana que se inicia con Ramos a mediados de los treinta y concluye con Paz en los años cincuenta, es la expresión de este periodo en que se buscaron las señas de identidad. José Gaos trajo a México la idea de que el pensamiento en lengua española era una rama autónoma del pensamiento occidental, y su

enseñanza de la cultura como conjunto de obras, aunada a la de Ramos que la buscaba por la vía interior del hombre, dieron lugar a un rico pensamiento que se preguntaba quiénes éramos los mexicanos, cuáles nuestras ideas y si ellas eran propias de nuestra circunstancia o prestadas de Europa. Después Leopoldo Zea afirmaría que la existencia de una cultura americana presupone la de una filosofía propia, pero planteaba el problema de definir qué es lo propio, cómo es nuestra historia, cómo se debía valorar lo indígena, cuál debía ser la educación. En esa búsqueda estuvieron O'Gorman, Yáñez, Menéndez Samará, Iturriaga, Gómez Robledo, Carrión, Uranga. Para este último, nada en lo mexicano es sustancial y permanente, todo es circunstancial, arbitrario, improvisado. Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Fernando Salmerón, Joaquín Sánchez Mc Gregor, Jorge López Páez, Miguel León Portilla, Salvador Reyes Nevares y José Luis Martínez analizan, desde la filosofía y la literatura, la historia y la antropología, qué es México y qué es América, y revisan el *corpus* de nuestra cultura hasta llegar a un alto grado de abstracción.

En 1950, Octavio Paz publica *El laberinto de la soledad*, síntesis y resumen de 15 años de esas búsquedas, donde concluye que los mexicanos somos distintos de otros y estamos solos: revisa nuestra herencia indo-española, nuestra forma de expresarnos, nuestro modo de ser, nuestras contradicciones: "La mexicanidad es una oscilación entre varios proyectos universales sucesivamente trasplantados o impuestos y hoy todos inservibles", afirma.⁷

La mexicanidad fue el primer problema filosófico de México, y la búsqueda de respuestas fue posible por la existencia de este momento de reposo reflexivo a que hemos hecho referencia. El pensamiento mexicano de la época, su interés por conocer nuestro pasado y por explicarse nuestra identidad corresponden a un momen-

to muy claro en el desarrollo del país. Las ideas van desde el rescate de lo tradicional hasta la nueva sociedad de consumo, desde el rastreo en lo popular hasta la historia del arte, desde la historia de las ideas hasta la de la literatura.

II

En los años cincuenta, la tan ansiada modernización parecía por fin en vías de conseguirse. El crecimiento económico, aunado a la estabilidad política, dieron lugar a lo que se conoce como el milagro mexicano y ello se observa en las ideas.

El gobierno mexicano —escribe Carlos Fuentes— se ubica en el espacio puro, vacío e ilocalizable del centro. Desde allí dirime, obsequia, advierte, cumple funciones de árbitro y padre benévolo de todos los mexicanos sin distinciones de clase o ideología, levanta el templo de la Unidad Nacional, iglesia que distribuye hostias a unos cuantos, tacos a la mayoría, sermones idénticos a todos, excomuniones a los descontentos, absoluciones a los arrepentidos, conserva el paraíso a los pudientes y se los promete a los desheredados. Tal es el estilo oficial de la década: el del régimen clásico presidido sucesivamente por Ruiz Cortines y López Mateos.⁸

Pablo González Casanova lo pone así:

La sociedad civil compartió en gran medida los mitos y perspectivas oficiales. La comunicación fue particularmente fácil, propia de un Estado-nación. El lenguaje común habló el lenguaje oficial. El sentido común fue el oficial. La interpretación de la historia, de la economía y de las perspectivas del futuro fueron parte de una sociedad civil que pensó como su gobierno.⁹

La cultura se definió también por los mismos elementos: desarrollo, creencia en el triunfalismo, optimismo, intensa desnacionalización. Ya no se trataba de buscar lo propio, lo original —"sólo las gentes atrasadas desean salir en busca de su identidad"¹⁰, afirmaba Fernando Benítez—, sino de asimilarse, pensar, actuar, vivir y pensar como en los países ricos.

El nacionalismo, que desde fines de la revolución había sido la característica de las ideas y de la cultura, se debilita y hasta muere. Escribía Emilio Uranga:

La burguesía no se identifica ya con el humanismo propiciado por la Revolución Mexicana sino que pretende suplantarla con un humanismo importado de las metrópolis de que es dependiente económicamente. De ahí el olvido en que ha caído la llamada filosofía del mexicano. Para esta clase voraz, el tema de lo mexicano no tiene ningún sentido, no le brinda apoyo a sus intereses, no le dice nada, no es su tema. De ahí que este asunto filosófico hace apenas algunos años tan floreciente y socorrido haya desaparecido casi completamente de la atención pública. Este destino de extinción lo comparte con la gran pintura mexicana y la gran novela revolucionaria.¹¹

Y es que, ¿cómo podían haber estas preocupaciones en medio del optimismo y la modernidad? ¿A quién le interesaba saber cómo era el mexicano cuando lo importante era ser conocido en el mundo, llegar por fin al banquete de la cultura universal de que había hablado Reyes? ¿A quién convencían ya las grandilocuencias del muralismo al cual los seguidores de Rivera, Siqueiros y Orozco habían convertido en copias con fórmulas fijas y contenido folclórico? ¿A quién le decían algo, en el mundo del consumo y el rock los sonidos autóctonos de Hufzar, Chávez, Revueltas? Era necesario cambiar —decía Benítez—, apropiarse de un nuevo modo de ser, "Hoy día ya no interesa quién es el mexicano sino cómo es el mexicano, dónde está y cuál es su

relación respecto al mundo".¹² Libros y cuadros dan fe: todo es técnica, modernidad, vanguardia que "supone en cada caso una asimilación del hecho y la conciencia de ser mexicanos sin necesidad de agitar banderas tricolores o traficar con jícaras"¹³ y a partir de ello "una penetración no ya en la abstracción de lo mexicano sino en la concreción de los mexicanos social o individualmente considerados".¹⁴ Los cincuenta son la década del "cambio de piel", para usar la frase de Carlos Fuentes. Una nueva mentalidad se instala: abandona los afanes por Europa y voltea a Estados Unidos.

Así, Carlos Fuentes decreta el fin de la novela de la Revolución y el inicio de la novela moderna que Juan José Arreola desarrolla. José Luis Cuevas hace lo propio con el muralismo, Monsiváis estudia la cultura y Benítez la promueve. Se hace cine, nacen revistas, editoriales y suplementos culturales; se abandona todo lo que indique folklor o un pasado, desde Diego Rivera hasta María Félix; desde Pérez Prado hasta Tongolele para dar paso a las galerías de arte abstracto, el teatro de Jodorowsky, la zona rosa, la minifalda, la música de rock y la novela de la onda. "La revolución se bajó del caballo y se subió al Cadillac",¹⁵ diría Luis Spota en frase más que significativa para caracterizar el periodo.

Las ideas de la época están también teñidas por un enfrentamiento con respecto a la Revolución Cubana, pues las contradicciones internas del país —en donde por un lado el gobierno emprendía reformas, hacía una política exterior independiente y un discurso oficial radicalizado y por el otro reprimía a los trabajadores y a la izquierda—, habían llevado a la organización de grupos dentro de la izquierda que se proponían seguir el ejemplo de los cubanos y al mismo tiempo de grupos destacados de intelectuales que se oponían a lo que consideraban el aventurerismo de la lucha armada. Y además existía una derecha vociferante y amenazante contra el comunismo

sustentada sobre una enorme clase media cuya bandera era "cristianismo sí, comunismo no". La ideología del momento da cuenta de estas contradicciones entre la modernidad y el triunfalismo, entre la miseria y la mentalidad tradicional, las cuales se podían observar en las bardas de la ciudad de México, en el nacimiento de grupos de todos colores políticos —desde el MURO hasta el Movimiento de Liberación Nacional—, en los movimientos de obreros, ferrocarrileros, médicos y maestros y también de asociaciones de padres de familia e incluso en un libro que señala perfectamente lo que se llamó la cultura de la pobreza: *Los hijos de Sánchez*, que vino a negar todo lo que el discurso oficial afirmaba. Ahora bien, la interpretación de estas contradicciones dividió a los pensadores mexicanos. Para una línea, que en aquel momento encabezó Pablo González Casanova, se trataba de un país dual, es decir, uno que pasaba a ser una sociedad moderna sin dejar de ser "pobre o incipientemente desarrollado", como él decía. Este autor veía dos Méxicos, exactamente igual que como lo expresaba Carlos Fuentes, un país en el que coexistían los niveles históricos "que todo tiempo debía mantenerse porque ningún tiempo se había cumplido cabalmente". Otros, en cambio, acusaron a esta concepción de retórica, despolitizadora, sustentada sobre una pretensión de homogeneizar, de acortar distancias, integrar (en el mismo viejo sentido que habían pretendido la Reforma y la Unidad Nacional Avilacamachista), y preferían abandonar esta clásica mirada liberal para afirmar que lo que vivíamos en este país era precisamente un modo de ser del capitalismo: "La participación, el desarrollo y la riqueza del polo moderno se funda en el marginalismo, la pobreza y el atraso del arcaico vía la apropiación de la riqueza social y la plusvalía generada por este último", escribió Víctor Flores Olea.¹⁶ Para cambiar el futuro no se trataba pues de reformas sino de cambios estruc-

turales, entre los cuales el primero hubiera consistido en un cambio mental que alejara a los intelectuales de lo que lúcidamente Zaid ha llamado su "complicidad con el progreso".

III

A fines de los años sesenta se termina lo que Monsiváis llamó "la fiesta desarrollista". El milagro mexicano pareció frenado por sus propias contradicciones y entre ellas no fue menor, como había ya sucedido en 1910, el deseo de mayor participación de los grupos que se habían formado a la sombra del capitalismo a la mexicana, es decir, del crecimiento de las ciudades, ampliación de los servicios, acceso al consumo, educación y cultura.

1968 marcó un viraje importante en las ideas en México, porque obligó a los intelectuales a volver los ojos al suelo de México —como medio siglo antes les había pedido Caso—, y a interesarse por su historia, su economía, su sociedad, su cultura, su relación con el imperialismo. En 1967, Adolfo Sánchez Vázquez publicó *Filosofía de la praxis*, libro en el que dio la herramienta necesaria para emprender esa tarea: el marxismo.¹⁷

Después del 68 se inició la llamada apertura democrática, que significó la posibilidad de ejercer la crítica política, particularmente por escrito y sobre todo en los medios académicos. Desde la Presidencia de la República se pretendía desarmar a la oposición invitándola a reintegrarse, es decir, a volver a la relación que después de todo había sido desde siempre en este país: la de los intelectuales con el poder. Carlos Fuentes planteó la alternativa en términos extremos: "Echeverría o el fascismo"; y por supuesto, nadie quería el fascismo.

La apertura tuvo sus límites, como bien lo demostró el caso del diario *Excélsior*, pero sirvió. Los intelectuales hablaron y escribieron. Y sin embargo, cuando Daniel Cosío Villegas publicó *El estilo personal de gobernar*, mostró que a pesar de discursos y promesas seguían vigentes la corrupción y el clientelismo.

A principios de la década de los ochenta, la situación de la economía mexicana había llegado a un punto en el que fue necesario incorporar la palabra crisis en el discurso político.

Para el gobierno, la crisis se debió a la situación internacional y a la traición del capital nacional. Para la derecha, fue consecuencia de una política económica equivocada, una administración ineficiente y derrochadora y una excesiva injerencia del Estado en la economía. Para la izquierda, el Estado había dado todos los beneficios al capital en lugar de a las mayorías y no había efectuado cambios profundos. Junto con la palabra nueva, se habló de renovación moral, aunque cada quien la entendió de manera diferente, pues si para todos su base



era el fin de la corrupción y el inicio de la democracia, para la derecha *democracia* significaba libertad de educación, es decir, vuelta a la posibilidad de una educación religiosa, mientras que para la izquierda significaba educación y servicios para las mayorías, de modo que la injerencia estatal venía otra vez a ser punto clave que diferenciaba a ambas. Gobierno, derecha e izquierda hablaron de austeridad, pero mientras para los primeros eso quiso decir aceptar los programas del FMI y utilizar hasta el último quinto para pagar la deuda, para la última quiso decir una reorientación de la inversión productiva y de las prioridades del gasto. El problema de la conducción política se hacía, pues, central: desde la no injerencia que proponía la derecha hasta la rectoría cada vez mayor que proponía la izquierda (pero planificando y sustituyendo el verticalismo por la concertación social); el problema estaba en quién tenía y quién quería el poder.

Entre estos extremos se manifestó una línea de intelectuales liberales que dio su opinión sobre el modelo de desarrollo, la participación ciudadana y la conducción política. Esta línea se manifestó en dos vertientes, que a grandes rasgos se reúnen en las revistas *Vuelta* y *Nexos*. Ambas agrupan a las tendencias respectivamente más a la derecha y a la izquierda. Enrique Krauze afirma que lo primero por lograr es la democracia, pues ella es el cambio fundamental que generará todos los demás, y con este término quiere decir jugar bien las reglas del propio sistema, hacer elecciones limpias, tener oposición, tener una prensa profesional y crítica, disminuir el papel del Estado, conseguir una sociedad más participativa. Es una utopía que echa sus raíces en el pasado, en la era juarista y en la maderista; dos momentos a los que supone perfectamente democráticos.¹⁸ Por su parte, Héctor Aguilar Camín argumenta lo contrario: que no es la democracia la que generará los cambios sino que los

cambios acumulados por la sociedad harán necesaria e inaplazable la democracia. Y sustenta su argumentación en la afirmación de que en México se han terminado ya

...el crecimiento económico sostenido, el modelo de desarrollo con financiamiento externo, el pacto corporativo como eje de la negociación de clases y élites, el presidencialismo omnímodo con su sistema de partido dominante, el nacionalismo como emanación de la cultura estatal posrevolucionaria y la ciudad de México como ombligo del país...¹⁹

Y en cambio han surgido otras realidades como:

...las clases medias y ciudadanías emergentes, una nueva sociedad de masas urbanas, los aparatos de comunicación que la uniforman con el mismo vaho de expectativas y consumos, una insurrección electoral, una beligerante opinión pública, un nuevo centro histórico nacional en el norte de México, la inserción del país en el mercado mundial, mediante la integración con Estados Unidos y la economía de maquila.²⁰

En síntesis, según los pensadores mexicanos en la década de los ochenta, el país se encuentra de nuevo en una contradicción —lo cual como sabemos ha sido siempre su destino—, esta vez entre "la lógica liberal democrática de perfume individual y ciudadano y la lógica nacional popular de inspiración autoritaria, colectiva y corporativa".²¹ Pero de nuevo, como dijo Flores Olea alguna vez, no se trata de dos lógicas sino de un modo de ser, de una cultura política que conjuga a un Estado al mismo tiempo centralista y descentralizador, modernizador y clientelista; a una serie de conductas antiproductivas con un discurso impecable en lo que se propone y afirma haber conseguido; a unos medios de comunicación con una concepción moderna del consumo con un campo improductivo y miserable.

En síntesis, en los años ochenta hay acuerdo en que existe la crisis, en que se deben conservar los logros hasta hoy obtenidos pero en que debe eliminarse lo que no sirve y resolverse los problemas básicos como la distribución de la riqueza, la conducción política y la participación ciudadana. En lo que no hay acuerdo es en cómo lograr esto ni en quiénes deben ser sus conductores y quiénes sus beneficiarios. Un siglo y medio después de la Independencia, un siglo después de la Reforma y medio siglo después de la Revolución, el meollo del problema sigue siendo el mismo. Hay quienes quieren seguir el ejemplo de Madero, que cedía el poder a la sociedad, y quienes prefieren el de Cárdenas, que integraba la sociedad al poder. Hay quienes eligen como modelo a Calles por haber eliminado a la Iglesia del panorama político, mientras que otros prefieren los tiempos de Díaz en que ella tenía injerencia y poder. Algunos encuentran su utopía en el alemanismo que daba todo el poder a los empresarios y otros en cambio sueñan con que "el polo dominado de la sociedad civil tendrá la capacidad de imponer una reorientación global de la cosa pública en México".²² Unos encuentran el pasado de México en Juárez y otros en Lucas Alamán, y hasta en Maximiliano.

IV

Es necesario mencionar un elemento más que resulta clave en las ideas del México actual. Si como ha escrito Gabriel Zaid,²³ en el siglo XVIII la confrontación cultural se dio entre el nosotros local y el metropolitano; y en el siglo XIX entre las culturas mestiza, indígena y europea, el siglo XX, que había intentado conformar un integrismo nacionalista capaz de absorber todas las contradicciones y confrontaciones en el seno de la unidad nacional, vio en su segunda mitad el fracaso del proyecto:

lo popular ha quedado reducido a folklor y la cultura se ha dividido entre la alta, apoyada por un Estado promotor sin política definida, y la de los medios de masas, desarrollada por la iniciativa privada con el esquema de la cultura clasemediera y consumista estadounidense unido con el de las tradiciones religiosas y conservadoras de nuestro país. Los medios de masas han convertido a la cultura nacional en un modo de pensar y reinterpretar los valores, motivos y modos; en una transformación del lenguaje y de la diversión en un cambio de prioridades.²⁴

V

A fines de los años ochenta, si hacemos un recorrido por las ideas que han conformado nuestra ideología, encontraremos que las mismas obsesiones han recorrido nuestra historia, porque la situación de dependencia, colonialismo y explotación siempre han existido, aunque cambien de signo sus ejecutores. Es el nuestro un modo de pensar con profundas contradicciones. Agua y aceite, como decía José Emilio Pacheco; un país de catolicismo conservador, cristianismo popular y jacobinismo militante. Nos hemos pasado la vida queriendo saber si somos autónomos o derivados, invenciones trucas, como decía Monsiváis. Nos hemos pasado luchando entre lo universal y lo propio, buscando nuestras raíces en la herencia indígena o en la hispánica, indagando nuestras aportaciones a la cultura universal, nuestra identidad. Hemos creado una cultura en lucha constante por definir su compromiso o su pureza, su integración con el poder o con el pueblo. En los años cuarenta, que suelen definirse como el inicio de la modernización, los pensadores apoyaron el nacimiento de una burguesía propia. En los cincuenta la dieron por consolidada, convencidos de que se estaba logrando esa modernización.

Aunque claro, siempre hubo quienes fueron a contrapelo de esta idea, pues si bien hay un Fuentes y un José Agustín, hay también un Revueltas, un Rulfo y unos poetas que como las de la *Espiga amotinada* se opusieron a esa "complicidad". Es éste un país que siempre tiene por lo menos dos visiones, dos modos de ser pensado: la alborozada y la desilusionada. En los cuarenta fue Paz el cantor a la libertad y Revueltas su negador. En los cincuenta y sesenta fueron Fuentes y Agustín los cantores a la modernidad y los poetas sus negadores. En los setenta y ochenta los medios de masas han unificado el pensamiento y la expresión, y hasta parece que nos han hecho olvidar lo que somos. Pero la crisis nos obliga, como quería el poeta López Velarde, a no olvidar: Hoy volvemos a unirnos en unas ideas que se dan cuenta de la realidad: somos un país pobre, muy agraviado por el imperialismo y por sus propias clases dominantes, muy complejo internamente y en una relación con el exterior que no nos deja respirar. Pero somos también, por nuestra ideología, un país que aún no aprende a replantearse las prioridades, que todavía no elabora una nueva cultura, un nuevo modo de pensar.²⁵

Notas

- 1 Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Era, México, 1973.
- 2 *Idem*, págs. 318-319.
- 3 Emilio Uranga, "El pensamiento filosófico" en *México: cincuenta años de Revolución*, FCE, México, la.ed. resumida, 1963, pag. 488.
- 4 Samuel Ramos, citado por Adalbert Dessau en *La novela de la Revolución Mexicana*, FCE, México, colección popular, 1972, pag. 86.
- 5 *Idem*.
- 6 Leopoldo Zea, "Prefacio de 1943" Samuel Ramos a *El positivismo en México*, FCE, México, 1981.
- 7 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, FCE México, , 3a ed., 1963.
- 8 Carlos Fuentes, "Radiografía de una década", en *Tiempo mexicano*, México Joaquín Mortiz, 1979.
- 9 Pablo González Casanova, "El desarrollo más probable", en Pablo González Casanova, y Enrique Florescano, (coords.), *México hoy, siglo XXI*, México, 3a ed., 1979.
- 10 Fernando Benítez a Federico Campell en *Conversaciones con escritores*, SEP-Diana, México, 1971.
- 11 Emilio Uranga, citado por Dessau, *op.cit.* págs. 98-99.
- 12 Fernando Benítez, *op.cit.*, pag. 26.
- 13 Margo Glantz, *Repeticiones, ensayos sobre la literatura mexicana*, Universidad Veracruzana, Jalapa, 1979.
- 14 Abelardo Villegas, *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX*, Instituto panamericano de geografía e historia, México, 1985.
- 15 Luis Spota "¿Qué pasa con novela en México?"; citado por Sara Sefchovich en *Ideología y ficción en la obra de Luis Spota*, Grijalbo, México, 1985.
- 16 Víctor Flores Olea citado por Sara Sefchovich, "Democracia y cultura" Homenaje a los veinticinco años de la publicación de *La democracia en México*, de Pablo González Casanova Revista Mexicana de Sociología, UNAM-IISUNAM, México, número 1, 1985.
- 17 Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México, 1967.
- 18 Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz, México, 1986.
- 19 Héctor Aguilar Camín, "El canto del futuro", *Nexos*, 100, México, abril 1986, pag. 15.
- 20 *Idem*.
- 21 Sergio Zermeño "De Echeverría a de la Madrid", Inédito, Woodrow Wilson International Center for Sholars, Washington DC, febrero 1982.
- 22 Carlos Pereyra, "Los dados del juego" *Nexos*, núm. 60, México, diciembre 1982, pag. 20.
- 23 Gabriel Zaid "tres momentos de la cultura en México", *Plural*, núm. 43, México, abril 1975.
- 24 Carlos Monsiváis, "Civilización y coca cola", *Nexos*, núm. 104, México, 1986, pag. 26
- 25 Este artículo se preparó originalmente como ponencia para el seminario titulado *Historia contemporánea de México*, organizado por el Instituto de Investigaciones sociales de la UNAM y el Gobierno del Estado de Querétaro, que se llevó a cabo en la ciudad de Querétaro en febrero de 1988. Debido a las necesidades que imponía el tiempo de exposición, se hizo un resumen muy apretado de diversas partes de tres capítulos del libro *México: país de ideas, país de novelas*, Grijalbo, México, 1988.